



La calle de los Francos

Cuando Sevilla pasó de manos almohades a castellanas ya tenía entre sus habitantes colonias de comerciantes foráneos que habían ido ocupando lugares cercanos a la mezquita mayor y las dos calles que la unían a la otra, la de Ben Adabás, que probablemente se levantara sobre la sede episcopal de San Isidoro y sobre la que, luego, se levantaría El Salvador. Entre la plaza del Pan y el Corral de los Olmos serpenteaba una de ellas que debió estar llena de vida: la que quedó asignada a los Francos igual que otras lo fueron a los alemanes, los placentines de la Piacenza italiana, los castellanos, los genoveses...

En su libro *Repartimiento de Sevilla* -aunque la obra no acabara de gustar a Don Ramón Carande por demasiado proclive a las tesis "castellanas viejas"- Julio González nos da muchas noticias sobre la vía en aquellos años llenos de desamortizaciones, compras, ventas y una población variopinta que comenzaba a

vertebrar los gremios. Desde entonces hasta hace 50 años para indígenas y forasteros la calle Francos fue un referente que competía con Sierpes, Tetuán y Puente y Pellón gracias, en parte a los Almacenes Peyré que, a su vez, plantaban cara a los de la plaza del Duque.

Siempre me pareció que aquel espacio de elegantes escaparates y lleno de columnas señoriales tenía más de café o salón vienés que de tienda de ropa; se parecía al Gerbaud, de Budapest o a las pastelerías de la Kärntnerstrasse y ahora es como si se hubiera cumplido una profecía que me hubiera hecho a mí mismo. Nadie ha sido en hostelería tan innovador como Juan Robles; nadie puede objetar nada a su trayectoria pero, sin duda, la recuperación de Peyré puede ser trascendental para la calle de los Francos. Aunque sólo fuera por eso se merece la medalla de oro que Sevilla le ha otorgado.